

RASGOS DEL CARISMA

1. Dios Solo: el centro de toda la vida

“El hombre más razonable sería aquel que alimentase su espíritu de un solo pensamiento: ¡Dios Solo! Pero únicamente el corazón cristiano puede comprender esta palabra: ¡Dios Solo!” (M 63)

‘Dios Solo’ no significa despreciar a las personas, abandonar las responsabilidades o alejarse del mundo. Significa vivirlo todo desde Dios, buscar su voluntad y trabajar únicamente por su gloria.

Para Juan María, Dios no debe ocupar solamente un lugar dentro de nuestra vida: debe ser su centro, su raíz y su horizonte. Cuando Dios es verdaderamente el primero, aprendemos a mirar a cada persona como hija suya y a convertir nuestras tareas ordinarias en una misión.

El educador menesiano no busca principalmente el reconocimiento, el éxito personal o el prestigio personal o institucional. Trabaja para que Dios sea conocido y amado. Por eso Juan María advertía:

“No busques más que su gloria, no la que viene de los hombres; desconfía de sus aplausos y alabanzas, y si tienes éxito, atribúyelo a Aquel de quien procede toda gracia”. (Al H. Alfred, 7 de julio de 1844)

‘Dios Solo’ libera al educador del afán de figurar y lo ayuda a servir con sencillez. Es hacer todo lo posible y, después, dejar la obra en manos de Dios.

2. La escuela como templo

“Mis escuelas han sido fundadas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo”. (Al ministro Salvandy)

Esta frase expresa el corazón de la escuela menesiana. La escuela es templo porque Dios está presente en ella: en los niños, en los educadores, en los vínculos fraternos, en la enseñanza, en la oración y en cada gesto de servicio.

No se convierte en templo solamente porque haya celebraciones religiosas o imágenes sagradas. Se hace templo cuando en ella se respeta la dignidad de cada persona, se enseña la verdad, se practica la justicia, se perdona y se acompaña con amor.

La tarea del educador posee, por eso, una profundidad espiritual:

“Su misión es verdaderamente hermosa, porque tiene por objeto hacer no solamente hombres, sino santos”. (S VII 2326-27)

Cada aula puede convertirse en un lugar de encuentro con Dios. Cada explicación paciente, cada palabra de aliento y cada oportunidad ofrecida a un niño son una manera de anunciar a Jesucristo.

Pero la evangelización no puede separarse de una enseñanza seria. Juan María quería escuelas en las que la fe y la cultura se integraran:

“Es todo el hombre el que es necesario formar y formar para la sociedad, en la cual está llamado a vivir” (Reflexiones)

La escuela es templo cuando ayuda a crecer a la persona entera y hace visible, mediante la vida cotidiana, el amor de Dios.

3. La escuela como hospital

Juan María encontró una infancia herida por la pobreza, la ignorancia, el abandono y las consecuencias de la Revolución francesa y de la aventura napoleónica de conquistar Europa. No fundó escuelas para seleccionar a los mejores, sino para recibir a quienes más necesitaban ayuda.

“A la vista de esa multitud de niños que nos llaman en su ayuda, ningún interés humano nos detendrá; iremos hacia ellos, los tomaremos en nuestros brazos y les diremos: “Vengan a nosotros, permanezcan con nosotros; seremos los ángeles custodios de su inocencia”. (S VII p. 2271)

La escuela es hospital porque acoge niños y jóvenes que llegan con heridas visibles o escondidas: dificultades familiares, pobreza, violencia, soledad, fracaso, falta de afecto o desconfianza en sí mismos.

El educador menesiano no pregunta primero qué hizo mal el niño, sino qué le está pasando y de qué manera puede ayudarlo. No se limita a sancionar conductas: trata de comprenderlas, acompañarlas y transformarlas.

Juan María invita a una pedagogía misericordiosa:

“Dios nos ha escogido, marcado, nombrado para extender su reino, para ser los instrumentos de su misericordia” (S VII)

Una escuela-hospital no rebaja las exigencias ni elimina los límites. Cura educando: ofrece seguridad, orden, paciencia, oportunidades y vínculos sanos. Corrige sin humillar y exige sin abandonar.

“Su ministerio debe ser siempre un ministerio de dulzura y caridad. Además, no se gana nada con la dureza”. (Al H. Arturo, 23 de noviembre de 1846)

4. La confianza en la Providencia

Hay que dejarse devorar por la Providencia... y no quiero olvidarlas, quiero que toda mi alma las diga y las repita en cada momento. ¡Sí, quiero dejarme devorar por la Providencia! (M. 84)

Juan María vivió situaciones humanamente muy difíciles: falta de recursos, enfermedades, oposición política, problemas con las autoridades y escasez de Hermanos. Sin embargo, creyó firmemente que la obra no era suya, sino de Dios:

“Me abandono, me entrego a la Providencia. Nada de resistencias, ni el menor movimiento. ¡Que ella me devore!” (Idem)

Confiar en la Providencia no significa quedarse esperando que Dios resuelva mágicamente las dificultades. Juan María fue un trabajador incansable: escribió, viajó, buscó recursos, dialogó con autoridades, abrió escuelas y formó educadores. Pero hacía todo eso sabiendo que el resultado definitivo pertenecía a Dios.

También comprendía que las obras necesitan tiempo:

“Es necesario tener un poco de paciencia y saber esperar el momento del Señor”. (A III, 247)

La espiritualidad menesiana reúne así dos actitudes: trabajar como si todo dependiera de nosotros y confiar como si todo dependiera de Dios. La Providencia sostiene la esperanza cuando los resultados tardan, los recursos faltan o la misión parece superar nuestras fuerzas.

5. El menesiano como buen samaritano

Juan María no empleó habitualmente la expresión “buen samaritano” para describir al educador. Sin embargo, toda su pedagogía nace de la misma dinámica evangélica: ver, conmoverse, acercarse y hacerse cargo.

“A la vista de esa multitud de niños que nos llaman en su ayuda, ningún interés humano nos detendrá”. (S VII p. 2271)

El buen samaritano menesiano sabe detenerse. No pasa de largo ante un niño que se aísla, un joven que fracasa, una familia que pide ayuda o una comunidad que necesita educadores.

Juan María no contempló desde lejos la situación de los niños abandonados. Se dejó afectar y respondió creando escuelas. Su compasión se transformó en acción concreta:

“Iremos hacia ellos, los tomaremos en nuestros brazos”. (Ídem)

Estas palabras expresan movimiento, proximidad y ternura. No dice que esperaremos tranquilamente a que los niños vengan, sino que iremos hacia ellos. Ser buen samaritano significa salir de la comodidad y acercarse a las periferias educativas, sociales y humanas. No basta con sentir lástima. Hay que comprometer tiempo, capacidades y recursos. La compasión menesiana siempre se convierte en misión.

6. La presencia: ser ángeles custodios

“Vengan a nosotros, permanezcan con nosotros; seremos los ángeles custodios de su inocencia”. (S. VII)

La imagen del ángel custodio expresa uno de los rasgos más hermosos de la educación menesiana: la presencia atenta y protectora. El educador vela por los niños, los acompaña y los ayuda a descubrir el bien que llevan dentro.

Ser ángel custodio no significa vigilar obsesivamente ni controlar cada movimiento. Significa estar cerca, percibir lo que ocurre, anticiparse a los peligros y ofrecer una presencia que dé seguridad.

El verdadero educador conoce los nombres, las historias, las capacidades y las dificultades de sus alumnos. Sabe cuándo hablar, cuándo corregir, cuándo escuchar y cuándo esperar.

Esta presencia debe estar impregnada de dulzura:

Muéstrate siempre lleno de comprensión, de dulzura, de paciencia, de bondad. (Al H. Eliseo, 1847)

La autoridad menesiana se ejerce con firmeza, pero nunca con violencia o humillación. Busca ganar el corazón para poder acompañarlo hacia el bien.

La humildad, la caridad, la dulzura, ésas son vuestras armas; los reproches demasiado vivos no sirven más que para irritar a aquellos a quienes se les dirigen. (Carta al H. Ambrosio, 1832)

7. Ir a la frontera

‘Escuela fronterá’ no pertenece literalmente al vocabulario de Juan María de la Mennais, pero expresa muy bien su manera de comprender la misión educativa. Para él, la escuela no debía instalarse cómodamente donde todo estaba resuelto, sino hacerse presente allí donde la infancia estaba más abandonada y donde la sociedad mostraba sus heridas.

“Hacen un gran bien al admitir en la escuela a todos los niños pobres... me alegro de que hayas logrado vestirlos.” (Al H. Ambrosio, 1834)

Siento que no haya más pobres en tu clase.” (Al H. Luciano, 19 de diciembre de 1842)

En tiempos de Juan María la frontera eran las pequeñas aldeas de Bretaña que no contaban con maestros, las familias pobres que no podían pagar una educación, los niños sin formación religiosa y las colonias lejanas que carecían de escuelas. Por eso enviaba a sus hermanos a poblaciones humildes, aun cuando fueran pocos, tuvieran escasos recursos y debieran vivir con grandes sacrificios.

Esos pueblos son generalmente los más pequeños y los más pobres, es decir aquellos donde mis Hermanos son más apreciados y hacen mayor bien. (Informe, 5 de febrero de 1855)

Juan María deseaba que ningún niño quedara privado de educación por haber nacido pobre o lejos de los grandes centros. Su preocupación aparece resumida en una de sus afirmaciones más conocidas:

“Estamos dispuestos a recibir gratuitamente a todos los niños pobres. (Al H. Ambrosio, 1832)

Juan María pidió a sus Hermanos ir a la frontera de las misiones, donde a costa de grandes sacrificios, de muchas muertes, los menesianos hicieron una obra maravillosa, en una población donde reinaba la esclavitud y que afrontó la liberación de los negros.

“He conducido a Brest a diez Hermanos que van a las Antillas, y que han embarcado en la fragata Andrómaca. Están muy contentos con su suerte, aunque antes de su marcha les he anunciado la muerte de uno de los Hermanos que partieron el año pasado para la misma misión”. (Al H. Ambrosio, 1847)

“No rehúses el envío de algunos Hermanos para que trabajen en la instrucción de los esclavos bajo la dirección de los sacerdotes”. (Al H. Ambrosio, director General de las Antillas)

8. Lazos que unen vidas

El tema ‘lazos’ es uno de los grandes temas de Juan María, sobre el cual insiste muchísimo a sus Hermanos.

El primer vínculo es el que une a la persona con Dios. Para Juan María, Dios no debe ocupar un lugar más entre otros, sino ser el centro que sostiene y orienta toda la vida:

*“Sí, hijos míos, desde jóvenes, únense por los lazos de un indisoluble amor a este gran Dios, que no está sometido al cambio, mientras que todo el resto no es más que mentira y vanidad”.
(sobre el fin del hombre)*

El amor de Dios lleva necesariamente a la unión con los demás. Juan María utiliza una expresión particularmente hermosa:

*“Ámense unos a otros como hermanos, como miembros de una misma familia; que los dulces lazos de la caridad acerquen sus corazones y hagan de ellos un solo corazón en Jesucristo”.
(Sobre la paz)*

Juan María sabía que toda comunidad está formada por personas limitadas. Por eso el vínculo fraterno necesita paciencia, comprensión y perdón:

“Cada uno debe tolerar las debilidades de sus hermanos, ya sean del cuerpo o del alma, con una paciencia que nada altere. Hablo que, cuando uno de nosotros sufre, todos debemos sufrir con él, quiero decir que cuando uno de nosotros necesita cuidados o alivio en sus trabajos, la prontitud y la alegría, con las que nos ponemos a su servicio, demuestren el fondo de ternura que tenemos los unos para los otros”. (S VIII 2533 – 34)

La fraternidad menesiana posee una finalidad espiritual. No estamos unidos únicamente para sentirnos acompañados, sino para ayudarnos a caminar hacia Dios:

“Intentemos, queridos hijos, ayudarnos unos a otros a ser santos”. (A 180)

9. La escuela como casa del pan

Juan María describía las buenas escuelas como lugares en los que la infancia encontraba alimento para su inteligencia y su corazón:

“Buenas escuelas, es decir, escuelas verdaderamente piadosas, asilos en los que la religión acoge a la infancia y le distribuye con sus manos divinas el pan de la instrucción, no menos necesario para las almas que el pan material para el cuerpo”. (Fundación de una escuela, 1845)

En la escuela se reparte el pan de la cultura, de la Palabra, del afecto, de la verdad y de la esperanza. El conocimiento también es pan porque permite comprender el mundo, desarrollar las propias capacidades y construir una vida digna.

Una escuela menesiana no guarda ese pan para unos pocos. Lo reparte “a manos llenas”, especialmente entre quienes tienen menos posibilidades. Allí nadie debería sentirse espiritualmente hambriento, intelectualmente excluido o afectivamente abandonado.

Ningún obstáculo parecerá insalvable para cumplir esta sagrada misión:

Dejen su país, su familia; sacrifiquen todo; vayan a enseñar a esos niños que piden el pan de la instrucción y que están expuestos a perecer porque no hay nadie que lo rompa y se lo distribuya” (Sermones VII p. 2242.)

Educar es dar de comer: alimentar la inteligencia con conocimientos, el corazón con valores, la conciencia con la verdad y el espíritu con el Evangelio.

10. Experiencia de Getsemaní

Getsemaní puede considerarse una de las claves más profundas de la espiritualidad personal de Juan María de la Mennais. No fue solamente un misterio evangélico que contempló, sino una experiencia que atravesó su propia vida: la angustia ante el futuro, la soledad, el sufrimiento provocado por personas queridas y el aparente fracaso de sus proyectos. Esto lo llevó al abandono confiado en la voluntad de Dios:

“Cuando el alma está reseca y cuando la tristeza la oprime, ir a Getsemaní, ponerse de rodillas al lado de Jesucristo: tomar el cáliz que nos ofrece y decir: Padre mío que no se haga mi voluntad sino la tuya, “No como yo quiero sino como quieres tú”. (Memorial 16-17)

Hacer la voluntad de Dios es el gran absoluto de su espiritualidad. Pero no la entiende como una orden fría o arbitraria. Es la voluntad de un Padre que ama, aunque sus caminos no siempre puedan comprenderse:

“Que continuamente mi corazón repita este Fiat de resignación, este Amén de amor, que es el grito eterno de los ángeles y la más bella oración que podemos hacer aquí abajo”. (Carta de 1807)

En Getsemaní, la oración no hace desaparecer mágicamente la prueba. Le permite atravesarla sin perder la confianza ni abandonar la misión:

“Reza por el pobre Juan: es la debilidad, la miseria misma; se encorva bajo el peso de esta inmensa carga que la Providencia le confía. Ayúdale; una vez más, reza por el pobre Juan”. (A Bruté de Rémur)